

LAURA VALENZUELA



¿SERÁ ESTO LA LIBERTAD?
Memorias de una jueza en La Habana

esstudio
ediciones

2008. Año 50 de la Revolución

Me quiero morir

Este aeropuerto huele a humedad, a grajo apestoso y a comida podrida, como toda La Habana.

—Ponga los pies en las marcas del suelo y mire a la cámara —ordena el oficial de inmigración—. ¿Cuál es el motivo de su viaje a España?

—Voy a estudiar.

—¿Por cuánto tiempo?

—Un año.

Me pide el pasaporte, la carta blanca, y el pasaje de vuelta. Se lo entrego todo.

Me tiembla un ojo, no logro controlarlo.

La carta blanca y el pasaje de vuelta parecen auténticos. Revisa, hojea.

Me mira, con un aire de desconfianza.

—Espere aquí un momento.

Se levanta de su asiento y se aleja. Lleva mi pasaporte en su mano derecha.

En mis oídos rugen puñetazos, que no son más que los sellos estampados sobre los pasaportes de los pasajeros de la derecha y de la izquierda, afortunados.

Algo pasa conmigo.

Rezo en silencio y me arrepiento de haber deseado que un rayo impactara en Punto Cero. ¡Fue un error, coño!

Sobrevuelo mi vida entera y veo a mi padre, veinte años atrás, improvisando una décima guajira, sin camisa y con una pierna encaramada en el reposabrazos derecho del sillón: «Yo soy revolucionario y pertenezco al partido, en cambio, me quiero ir *pa'* los Estados Unidos».

También veo a mi madre, sin arrugas, sacudiendo la polvorienta superficie del tocadiscos, y disparando aquella mirada a mi padre. Los vecinos no pueden escuchar las décimas contrarrevolucionarias de papi. Encima del tocadiscos veo el búcaro de flores plásticas en cuyos pétalos abundan las cagadas de moscas. Mami nunca vio las cagadas, ni con espejuelos.

El tiempo corre, el oficial no aparece.

De repente me invade el recuerdo abrumador de todo lo indigno que hice para llegar hasta aquí. Las mentiras que dije, los documentos que falsifiqué, los acusados a los que juzgué, los policías a los que soborné. Escucho la voz de Fidel Castro en aquel discurso de 1980, y lo imagino escupiendo el micrófono con esa soberbia tan suya: «*Quien no tenga una mente que se adapte a las ideas de la Revolución (...) no lo queremos, no lo necesitamos*».

—Acompáñeme, ciudadana.

Me niego, mis papeles están en regla, no puedo perder el vuelo de mi vida.

—¡No me toque!

El oficial me agarra bruscamente.

Opongo resistencia, pero él es más fuerte.

Me quiero morir.

989. Año 31 de la Revolución

Hoy me quitan la leche

Mi padre improvisa una décima guajira balanceándose en el sillón, sin camisa y con una pierna encaramada en el reposabrazos derecho.

—Yo soy revolucionario y pertenezco al partido, en cambio, me quiero ir *pa'* los Estados Unidos. *Tutuntí-tutuntí* —continúo. Soy la guitarra en su punto guajiro.

—¡Muchacho, cállate que te van a oír! Y tú, Yumisileidys, entra a bañarte —grita mi madre. Tiene ganas de reírse, pero disimula.

Como cada sábado, mami sacude el toca-discos integrado en el equipo *tres-en-uno*. Se llama así porque tiene tres usos: radio, casete y tocadiscos. Aquella cosa está colocada en el mueble de cartón tabla como un monumento. Encima se tambalea un búcaro de flores cagadas por las moscas.

Es mi cumpleaños.

Está cayendo tremendo aguacero, como el día en que nació. Las nubes del caribe se ponen de acuerdo cada año para joderme todas las fiestas. Lo bueno de la lluvia es que deja ese olor a tierra mojada que, como dice mami, purifica los pulmones de la capital habanera.

Estoy tratando de no pensar en lo de la leche. Desde hoy me la quitan de la libreta de abastecimiento. Esta es la única razón por la que no quería cumplir siete años.

Me baño jarrito a jarrito. Hoy no es día de agua y hay que ahorrar. El agua viene por las tuberías un día sí, y uno no. Mi media hermana

dice que así se bañaba también Cleopatra, con un jarrito. Pero Cleopatra se echaba leche de burra, no agua sucia. De haber nacido en Cuba a Cleopatra le habrían quitado la leche, y la burra.

La pastilla de jabón tiene un pelo pegado. Es corto y rizado. A lo mejor es de Cleopatra. Hay un solo jabón para toda la familia y es normal que lleve algo de cada uno.

Vivo en La Habana junto a mis padres, mis abuelos paternos, y mi media hermana, hija de la primera mujer de papi. Él dice que es el hijo nacido del segundo matrimonio de sus padres y que regalan matrimonios y divorcios en la ciudad. Siempre he oído que a los cubanos nos encanta lo gratis. Cuatro de mis cinco amiguitas de la escuela son hijas de padres divorciados, y una de ellas nunca ha conocido a su papá.

Mami dice que aquí existe, además de una alta tasa de divorcios, otra superior de promiscuidad, y que lo segundo es la causa de lo primero, o quizás viceversa.

Le pregunto a mi media hermana, nueve años mayor que yo, qué es eso de la *promiscuidad*. Me dice que es cuando las muchachas quieren tener varios novios a la vez, y que el signo cáncer es promiscuo por naturaleza. Ahora que lo pienso, ella es cáncer. Quizás la mayoría de la población cubana haya nacido en julio como ella. No me explicó cómo se llama cuando es el muchacho el que quiere tener varias novias a la vez.

—Divorciarse es, para que lo entiendas, como hacer pipi: rápido, barato y liberador. Se formaliza por vía notarial, con un coste ridículo, y generalmente es de mutuo acuerdo porque la gente no tiene patrimonio conyugal — aclara mi media hermana.

Le pregunto qué es lo de *conyugal*. Explica que son las cosas en propiedad de los novios, y que ya se cansó de responder mis preguntas.

Ella tiene razón, la gente aquí tiene poco que repartir. Cuando no se ponen de acuerdo, los griticos histéricos de una parte arreglan la cosa. Otras veces terminan con un aire acondicionado volando por la ventana o dándole un batazo a un televisor, siempre con el lema «si no es *pa'* mí no es *pa'* nadie».

Mami cuenta que algunas separaciones terminan en desgracia. En el mejor de los casos, se resuelven en juicios por entradas de golpes; y, en el peor, con muertos de por medio. Mi media hermana dice que cuando los novios se matan por amor hay crimen pasional. ¿Entonces aquella canción de «los amores que matan nunca mueren» no la escribió un cubano?

—Generalmente los divorcios no generan tantos conflictos; al contrario, de ellos nace una amistad entre las familias de los divorciados. Los cubanos no conciben su existencia sin sus exparejas y sus exsuegros —agrega papi.

Esta *juntamenta* rarísima de la que habla es un arroz con mango donde todo parece «normalidad», que rima con comodidad, pero no tiene nada que ver.

Mis padres están preparando un *pica-cake* para celebrar mi cumpleaños.

Veo entrar a Raisa, la madre de mi media hermana, y primera mujer de mi padre. Trae un plato de croquetas, lo coloca en la mesa y abre el refrigerador para servirse agua. Sabe dónde está cada cosa en esta casa y no pide permiso para nada. Creo que cuando entra se le olvida que ya no vive aquí. Mi media hermana es igual a ella, y la abraza con fuerza. A papi nunca lo ha abrazado así.

Mami no le habla a Raisa, y me dice que no le hable. Pero yo no sé cómo no hablarle cuando ella me hace preguntas.

Raisa le dice a Angelito, el fotógrafo, que le tire una foto con papi. Eso a mi madre la revienta, se le pone esa cara alargada. No sé por qué papi se deja hacer la foto si sabe que nos espera una semana sobreviviendo a la cara de mami.

Mi abuela paterna está muy enferma, no puede salir al cumpleaños. Tiene una cosa agarrada al pulmón que se llama «cáncer mortal». Abuela lleva varios años en cama respirando oxígeno a través de un tanque verde que ha resuelto mi padre en su centro de trabajo.

—Los hospitales están muy malos, es mejor que esté en la casa —le escucho cuchichear con mami.

—Hay que estar muy pendiente, ya no puede mover la lengua y se la podría tragar —advierte mi madre.

¿Cómo puede uno tragarse su propia lengua? Lo intento varias veces, sin éxito. Sé lo que pasa. No puedo tragar mi lengua porque es corta. Abuela la tiene larga, o al menos eso dicen los vecinos.

Ojalá ese cáncer no se nos pegue nunca.

Estoy viva

Entro, como cada tarde, a la habitación de mi abuela y le doy un beso siguiendo las órdenes de mi madre. Aprovecho para fijarme si todo va bien con su lengua.

Le digo:

—Di *aaaaaaa*, abuela, es para ver si te la has tragado. No me contesta. A veces mueve los ojos. Creo que no me entiende.

Mis abuelos paternos nunca son cariñosos conmigo. A mi media hermana sí le dan besos. No me siento mal porque eso me pase; me siento mal porque le duele a mami. Yo ni siquiera me había dado cuenta, pero ella se lo dice a mi tía Marujita cada vez que hablan:

—Ay, Marujita, a Yumi ni la miran, pobrecita, solo tienen ojos para la hermana.

Yo no soporto que me llamen pobrecita.

Maruja le dice a mami que tenga cuidado conmigo, que ha visto que me gusta estar con mayores y que hablo como una niña vieja. ¡Ay, que me deje tranquila la tía ya!

Mami le cuenta que cuando ella estaba embarazada de mí, abuela le quitaba a escondidas una parte de su dieta de embarazada, la que le correspondía por la libreta de abastecimiento, para dársela a mi media hermana. La niña ya había cumplido los siete años y le habían quitado la leche. Por eso mami tuvo el hierro bajo, y el calcio.

Cuando menciona el calcio se levanta el labio con el dedo pulgar para enseñarle a tía el agujero que tiene a un costado. Le falta una muela, se le cayó cuando nació. Creo que me llevé el poco calcio que le quedaba, porque mis dientes son fuertes. Mami no me guarda rencor por el asunto del calcio, a mi abuela sí, por el asunto de la leche.

Es posible que mami tenga razón con eso de que ni me miran. Voy a comprobarlo. Ahora estoy mirando a mi abuelo fijamente a los ojos, sin pestañear. Él sigue caminado, ¿no me ve? Lo vuelvo a intentar, interceptándole el paso. No se detiene, me bordea, y sigue. Al menos no me atraviesa, eso me confirma que estoy viva.

Entro al cuarto de abuela, la miro, tiene los ojos cerrados, está así casi todo el tiempo. Le tiro del párpado, y le digo:

—¡Abuela, mírame! Nada de nada.

Me cansé. Es mi cumpleaños, no puedo estar pendiente de esto. En el salón, tía Marujita continúa:

—Recuerda que Yumi es la hija nacida del segundo matrimonio de tu marido. Ellos a ti nunca te aceptaron, siempre han preferido a Raisa.

Debe ser duro para mami vivir en la casa de personas que no la aceptan. Quizás no sea tan difícil si tienes a alguien que te quiere. Papi la defiende cada vez que mi abuelo le suelta alguna palabra mala. Papi tiene el carácter fuerte y abuelo lo respeta. Es su único hijo, y mami dice que el viejo no tiene a nadie más que le acompañe en su vejez, porque abuela se va a morir. ¡Vaya! No sabía que se iba a morir. Mami dice que a abuelo no le conviene que su hijo se le vaya porque necesita su compañía en vejez. ¿Entonces no nos echará de la casa? Eso me tranquiliza. Prefiero vivir en esta casa que en la calle.

—El hecho de que los divorcios sean habituales no los convierte en decorosos —prosigue Marujita, una que se ha divorciado dos veces—, no es extraño que divorciados como tu suegro condenen socialmente los divorcios de sus hijos, cual fumador que se muestra incómodo con el humo de su homólogo cuando este se le sienta al lado.

—¡No imaginas lo que tengo que aguantar en esta casa, Maruja! Pobrecita mami; aunque a ella tampoco le gusta que la llamen pobrecita.

No estoy triste, aunque no me miren. Mi madre es amorosa, a veces se pasa de la raya dándome besos babosos delante de mis amigos. Dice que cuando yo sea madre lo entenderé, pero no estoy segura. Papi es más distante, no da besos babosos, pero me lleva en su moto a todas partes.

Mi media hermana seguramente está triste todos los días, aunque no lo diga, porque su mamá vive en otra casa. A lo mejor piensa que es mi culpa. Si mi mamá se fuera a vivir a otra casa yo intentaría tragarme la lengua para suicidarme. Haría todo eso y más para que mi mamá regresara. Por eso me gusta que mis abuelos dejen la mirada fija en mi media hermana para que ella no tenga tiempo de pensar en su mamá, ni de suicidarse con su lengua.

Las croquetas de Raisa no me gustan. Le doy las gracias y después me arrepiento porque tengo prohibido hablarle. Son de esas que parecen hechas de pegamento. En la escuela las llamamos «croquetas cosmonautas», porque se pegan en el cielo de la boca.

Ya se está terminando mi fiesta, vinieron pocos amigos. No ha parado de llover. Hoy he estado muy fea. Angelito, el fotógrafo, tiró fotos por todas partes. Intenté esconderme, pero él andaba detrás de mí, desesperado, con aquella luz que me deja ciega. Siempre quedo en sus fotos ojerosa, jorobada, o con un ojo más grande que el otro. No me he reído en ninguna foto para no enseñar los dientes de hueso que son bastante grandes en proporción a mi cabeza. Me pregunto cuánto más van a crecer. Angelito ha estado gritando toda la tarde: «¡una sonrisita, una sonrisita!». Es buena gente, pero me atormenta. Mami me puso el torniquete y unos rulos. Yo no tengo pelo bueno y eso no me queda bien. Con la humedad se me ha quedado la pelambre como electrocutada, parece que me cogido un corrientazo. La gente me dice «te has cambiado el pelo», pero nadie me dice «te queda bien». Los mayores le

dicen a mami «qué simpática es tu hija»; eso solamente se lo dicen en La Habana a los niños feos.

Raisa se está yendo desde hace quince minutos. Mis padres subieron las escaleras y se encerraron en la habitación para no despedirse. No escucho nada, pero sé que están discutiendo. Mami le estará diciendo lo de siempre, que Raisa es una fresca; y papi estará recordándole que ese refrigerador del que cogió agua sin pedirla es de abuelo. Mi media hermana ha empezado a llorar porque no quiere que su mamá se vaya. Yo también tengo ganas de llorar. No quiero que su mamá se quede, para que mis padres no se divorcien.

—Y así —prosigue tía Marujita— convivimos todos en imperfecta armonía bajo el mismo techo, apuntalado en las esquinas. En este país es tradición que varias generaciones de familias convivan eternamente. Pueden llegar a cohabitar hasta tres generaciones de primos, con tíos, con abuelos, con suegros; porque los cubanos somos, por suerte para algunos y por desgracia para otros, longevos.

—¿Qué es ser longevo? —pregunto.

Nadie me contesta y Marujita mueve los círculos de sus ojos apuntando hacia mí, como recordándole a mami que soy una chismosa.

Luego continúa:

—Se suelen dividir las viviendas con paredes de hormigón o *pladur* para crear pequeños espacios que separen los núcleos familiares. Las familias con más suerte, como la nuestra, pueden permitirse habitaciones individuales: un lujo. Es frecuente que se aproveche la altura de los techos de las casas antiguas para habilitar un cuarto adicional, construyendo una plataforma a poca distancia del techo, me refiero a las «barbacoas».

Mi media hermana, a la que nadie llama chismosa, dice que esa *barbacoa* es perfecta para asarse como un puerco al carbón con estos calores, pero que es mejor pasar calor que dormir con los suegros.

Abuela, abuelo, y su amante

Me despierto y veo que Yolanda, la amiga de mi abuela, me está poniendo las medias y los zapatos de la escuela. No sé en qué momento comenzó a vestirme porque tenía mucho sueño. Cuando Yolanda me acaricia el pelo me deja olor a ajo en el moño. Dice mi media hermana que es la amante de abuelo y que se quiere quedar con la casa. ¡Qué estresante debe ser la vida de Yolanda!

—Mi amor —me dice—, tú eres una niña inteligente, yo diría que demasiado para tu corta edad. Además, eres fuerte, lo podrás entender. No entiendo nada.

Escucho la voz de pito de Raisa, está otra vez en la casa. Esto es raro porque ella nunca viene dos días seguidos. Me voy a la escuela y las maestras me preguntan que cómo me siento con lo de la muerte de mi abuela. ¡Yolanda no me dijo que ya se murió! Probablemente me lo iba a decir, pero se le olvidó porque está muy ocupada con lo de ser la amante y la amiga a la vez, o con los trámites de la casa que nos va a quitar.

A lo mejor abuela parece muerta sin estarlo, porque tiene la lengua atascada. ¡Qué angustia! ¿Debería contarle esto a las maestras para que se verifique antes del entierro?

Reflexiono. No lo cuento; eso es algo que ya sabrán investigar los médicos.

Todo el mundo me mira con pena y no sé qué hacer. Me da vergüenza no estar triste, pero no siento nada. Trato de acordarme de abuela para ver si me entran ganas de llorar, sé que no la volveré a ver. Solo ha pasado un día y ya no recuerdo los detalles de su cara arrugada. Dice mi media hermana que esto de olvidar las cosas se llama demencia temprana.

Le digo a la maestra que me deje bajar la cabeza porque me duele; es mentira, pero ella accede con cara de lástima. Aprovecharé para parecer triste mientras pienso a dónde ir si Yolanda clausura la casa y nos deja en la calle.